

Libros del Asteroide 

Andrew O'Hagan

Caledonian Road

Traducción de Rubén Martín Giráldez



LIBRO PRIMERO
Primavera

Libros del Asteroide

1. Piccadilly

Campbell Flynn, alto y atildado a los cincuenta y dos, era una caja de sorpresas con traje de Savile Row, un hombre convencido de que la infancia quedaba tan lejos que todas sus amenazas se habían esfumado. Tenía secretos y problemas, pero por la ventanilla del taxi la catedral de San Pablo brillaba en Ludgate Hill y los ángeles de Londres estaban de su lado. Al llegar a Shaftesbury Avenue, inhaló su propio aroma, los melocotones apagados de Mitsouko, y levantó la mirada hacia los edificios. «Un sueño renacido», decía, encima de *Les Misérables*, la marquesina, y disfrutó de la sensación de los aplausos. Ay, la culpa y la vanidad prosperan en el liberal blanco medio de hoy. Campbell no se tomaba a las personas ni la mitad de en serio de lo que ellas se tomaban a sí mismas, y ese fue el primero de sus grandes errores; el segundo sería la copia impresa que llevaba ese día en su maletín.

En Piccadilly Circus, pasó bajo un gigantesco videoanuncio, unos chicos coreanos de pelo rosa bailando al sol, que dio paso a otro, «Conquista las calles», que promocionaba zapatillas deportivas. Campbell miró a través del techo de cristal del taxi, pensando en Elizabeth, tan feliz en la campiña, mientras a él le tocaba enfrentarse a los desafíos de la vida en la ciudad. Le gustaba creer que lo que la experiencia le había dado era un hábito de autocontrol. El panel del GPS del conductor decía: «Jueves, 20 de mayo de 2021. Temperatura: 16° C. Despejado, luego chubascos».

El taxi se detuvo en Hatchards. Su biografía moderna de Vermeer se había publicado durante el confinamiento y le había proporcionado una reputación que se extendía mucho más allá de su ámbito. Era capaz de recordar algunos pasajes de las reseñas palabra por palabra. «Es raro en la historia de las biografías artísticas ver un enigma puro tan vívidamente esbozado en la oscuridad», decía el *Times*. El *Financial Times* la llamó «Una obra de empatía hipnótica comprometida con el alma misma del arte». Su libro parecía argumentar ante sus muchos lectores que la inescrutabilidad es una característica esencial de la vida artística y, quizá, de todas las vidas. También se había hecho un poco famoso entre los jóvenes por un pódcast de la BBC que a menudo se volvía viral, *La civilización y sus desconformes*, una profunda inmersión en la superficialidad de la época; y sin embargo, las preocupaciones que lo acuciaban casi constantemente eran el dinero y no medrar tanto como debiera.

Después de firmar una pila enorme de su obra magna, con su consiguiente deuda con la realidad, su improvisación y sus conjeturas, salió de Hatchards y se dirigía hacia la esquina del Fortnum's cuando vio, viniendo hacia él, a Yuri Bykov, el hijo del empresario ruso corrupto, Aleksandr Bykov. Se lo había encontrado varias veces en eventos sociales. Paseaba con el actor Jake Hart-Davies, un joven apuesto que había visto en revistas y en la televisión. El actor ocupaba mucho espacio en la calle, o al menos, eso parecía, como suele pasar con la gente que se preocupa por su privacidad.

—Hola, profesor Flynn —dijo el joven Bykov, elegante, amaneado, de pelo corto y decolorado.

Le presentó al actor y se estrecharon todos la mano. La pareja venía de la Biblioteca de Londres y llevaba libros sobre Shakespeare.

—Un proyectito considerable —dijo Hart-Davies—. Vamos a adentrarnos en el pozo de la experiencia humana.

—Qué entrañable —respondió Campbell. Miró a Bykov—. Me sorprende que tengas tiempo para obras de teatro, con tanto comprar mansiones para tu viejo.

—Eres des-ter-ni-llan-te —dijo Yuri haciendo un ademán con la mano. Se le había pegado el tamborileo del acento inglés de Harrow, pero su mente era rusa.

Ninguno parecía notar la lluvia, sobre todo el actor, que llevaba una camiseta que decía «Superfluo» y se acariciaba los bíceps. A Campbell se le quedó grabada esa certeza y esa confianza, y lo excitado que estaba consigo mismo. Le recordaron enseguida que el ruso conocía a su hijo del colegio.

—Angus, ¡Dios mío! —dijo el tipo—. Toda una leyenda. Y tu hija, ¡menuda preciosidad!

—Gracias, supongo.

Campbell se sabía todos los chismes: que el chaval siempre había querido separarse de su padre, corrupto y temeroso de Putin, para formar su propio círculo. Uno de los amigos más antiguos de Campbell era William Byre, un empresario atrapado en un escándalo financiero cada vez más grave. El hijo de Byre, Zak, había ido a Oxford con algún elemento de este mismo grupo. El mundo era un pañuelo, así que todas las historias habían vuelto a toda pastilla por la M40: fiestas, experimentación y borracheras que acaban con la gente por los suelos. Zak no, y ahora era un inteligente y apasionado defensor de Extinction Rebellion, cosa que le valía la mofa de sus padres. Comentó que Yuri solo había entrado en St. John's porque su padre financió una cátedra en Estudios del Cambio Climático. «Si la contaminación fuese un deporte olímpico», recordó Campbell que decía Zak, «Aleksandr Bykov sería Usain Bolt. Bykov está matando el planeta más rápido que nadie».

Yuri sonreía como si guardase algunos secretos.

—Estuve en una fiesta en São Paulo y tu hijo estaba allí pinchando. *Fantastich* —dijo.

—Qué bien. La verdad es que no para.

Campbell miró el reloj.

El actor dijo que iban a casa de Yuri, en Albany, para dejar los libros antes de salir a almorzar al Oswald's, en Albemarle Street.

—Encantado de conocerte —dijo Campbell.

—A ver si nos tomamos algo una noche —dijo Jake.

—Claro, ¿por qué no? —contestó Campbell echándole un último vistazo de arriba abajo.

La lluvia se intensificó de pronto. Campbell se volvió hacia su destino y extrajo un pensamiento del aire contaminado por la gaso-

lina. Se giró a medias para mirar a los jóvenes y el actor hizo lo mismo. El intercambio produjo una sensación de serendipia y Campbell comenzó a darle vueltas a una idea.

Para Atticus, su agente, era una cuestión de principios ocupar siempre la mesa del rincón derecho, la antigua mesa de Lucian Freud, y Campbell lo divisó en cuanto entró en el Wolseley.

Atticus sonrió y guardó el *New Statesman*. Campbell se sentó y colocó su maletín en la esquina.

—Te daría la mano —dijo Atticus—, pero mi esposa sigue paranoica. Es estadounidense.

—Lo sé —dijo Campbell. Siempre podía ser franco con Atticus y lo veía como una ventaja de su amistad profesional—. Puso grifos de oro en esa casita de Bloomsbury en Sussex por la que pagaste un dineral.

—No es cierto. Fue Nicky Haslam.

—No te creo. Nicky hace cestas para perros con forma de tiendas beduinas, pero no le va el estilo catari. ¿Ya has pedido?

Atticus Tew tenía sesenta y un años y siempre el mismo aspecto. Campbell sabía que se hacía las mechas con regularidad en Jo Hansford, en South Audley Street. Lo había visto allí un día, con una efervescente flotilla de rectángulos plateados por toda la cabeza. A Campbell le encantaba aquella pinta de Atticus, a medio camino entre el magnate y el ratón de biblioteca: pantalones de pana color crema y camisas a cuadros de Harvie & Hudson, con corbatas de punto y tweed, como si viniera de cazar urogallos. Campbell escuchó el familiar repaso del menú de su agente bebiéndose una almibarada copa de champán mientras correspondía a algunos saludos y cabeceos desde el otro lado de la sala. El artista digital Carl Friis y su marido, lord Haxby, se giraron para mirar.

—¿Cómo está tu hermosa Elizabeth? —preguntó Atticus.

—Tiene el síndrome del diván vacío —dijo Campbell—. Echa de menos a sus clientes y dice que lo de Zoom es puro teatro.

Era el tercer día de la desescalada. El personal seguía llevando mascarillas. Campbell y Atticus siempre pedían lo mismo, una manera de demostrar su igualdad basal: *escargots à la bourguignonne au pastis*, tartar de ternera con patatas fritas y una botella de Pau-

llac de Lynch Bages, 2016. Atticus mojó una corteza de pan en su vino, era así de despistado, y le preguntó qué llevaba en el maletín.

—Dijiste que tenías algo para mí. O para el mundo, fiero.

—Vamos a comer primero.

—Bueno, he de decirte que ese artículo que publicaste en el *Atlantic* ha dado la vuelta al mundo seis veces. «El arte de la contricción.» Los liberales no tienen claro cómo disculparse, cómo ser honestos cuando al mismo tiempo se sienten un poco culpables. Y apareces tú, señalando la vanidad de todo ello. —Atticus se sacó un recorte del bolsillo. Era un artículo de opinión del *New York Times* del día anterior—. «El autor es un héroe de las Humanidades», dice el columnista, «un guerrero del pódcast que emplea la crítica de arte como el gran Matthew Arnold pretendía que se usase: para debatir sobre la vida. Emplea su saber para cuestionarlo todo, desde Adam Smith hasta las novelas de vampiros. Los adolescentes hacen que sus gatos y capibaras muevan la boca al compás de las palabras de Campbell en TikTok». Luego te cita: «Participamos en los sistemas que oprimen a las personas, prosperamos gracias a ellos, y creemos que nos purificamos de alguna manera yendo a marchas festivas y tuiteando consignas a nuestros amigos afines. Bienvenidos a la orgía de la contricción blanca».

A Campbell le encantó oír su propio discurso directo en boca de aquel agente suyo tan respetable.

—Es potente, ¿eh? —repuso.

—Bueno, los tienes a todos en guardia.

—A mis alumnos sí, te lo aseguro. —Campbell hizo una pausa—. Y así llevan bastante tiempo. Son ellos los que me están enseñando a mí.

—Qué interesante.

—La cobardía liberal es tan mala como cualquier otra.

—Sí, claro, fiero.

—Y no voy a moldear mi conciencia para ajustarla a las modas de la época, como dijo aquella.

—Tómate un respiro —dijo el agente—. No eres tan intocable como te crees, sin ánimo de ofenderte lo digo.

Campbell alzó la copa y la inclinó hacia sus labios.

A veces tenía que ignorar a Atticus.

—Necesito ganar más. Lizzie me dice que gasto como un marinero borracho...

—Tu esposa solo tiene un vicio: perdonarte a la primera de cambio.

El dinero: un misterio inglés rara vez desentrañado. Campbell y su esposa nunca hablaban de su economía, realmente; fingían que encontraban el asunto más bien ridículo. Cuando se casaron, compraron juntos una casita en Belsize Park que quintuplicó su valor. Luego Elizabeth heredó la casa de campo de su padre. Mantenían cuentas bancarias separadas y una compartida para las facturas y las matrículas escolares. Funcionaba bastante bien. Cuando decidieron mudarse a la casa más grande, en Thornhill Square, usaron todo el dinero de Belsize Park más un préstamo privado a nombre de Campbell. Ella se quedó impresionada con su cháchara sobre ofertas para libros y programas de radio, así que no llegó a admitir que el préstamo provenía de William Byre (a ella jamás le había caído bien) y que se lo estaba devolviendo poco a poco, con la discreción propia de un club de caballeros, con intereses, de una manera tortuosamente privada. Esa era la situación. Esa, y que había dejado de pagar sus impuestos. Elizabeth disponía de un pequeño fideicomiso, y el dinero venía de su consulta como psicóloga y del trabajo de Campbell, pero que el dinero fuese un tema tabú constituía una convención extraña de su matrimonio, casi de naturaleza sexual. A él le aterraba pensar en decírselo a Elizabeth. En parte, era vergonzoso. Eso era lo que sentía Campbell, y se mezclaba con algo cercano a la mortificación que Elizabeth conservaba desde la infancia. Había crecido rodeada de dinero invisible. No tenía ningún interés en la riqueza de su madre, la condesa, y le divertía que a Campbell le cayera tan bien, pero la verdad era que él miraba a su suegra pensando en un futuro de seguridad práctica.

Atticus siempre se comportaba con sus clientes como si todo estuviera a punto de ir de maravilla. Habló sobre unas ofertas que habían llegado. Campbell escuchaba a medias y miraba por encima del hombro de su agente hacia la cenefa social de la sala. Carl Friis, pensó, el artista que está ahí, tiene que ser un paradigma interna-

cional de la pretensión artística. El joven danés hablaba enérgicamente. Una de sus manos, repleta de anillos, colgaba de la mesa.

—¿Conoces a ese artista de ahí? —interrumpió Campbell.

—¿A quién?

—A Carl Friis. El supuesto artista digital.

Atticus arrancó un pedazo de pan.

—Sí, pero no tengo ni la más mínima idea de lo que es el arte digital.

—La obra es no fungible. Significa que no puedes colgarla en una pared. Recibes un token y va a la blockchain.

—¿A la block qué?

—Da igual.

—A mí me suena a engañifa —dijo Atticus.

Campbell bajó la mirada.

—Escribió un artículo para la revista del Tate donde argumentaba que la destrucción de la Escuela de Arte de Charles Rennie Mackintosh en Glasgow fue una obra de arte en sí misma. La destrucción.

—Es una afirmación horrible.

Era extraño: Friis era una de las personas que Campbell había llegado a conocer mejor porque el tipo significaba algo para sus hijos. Regla de vida: nunca compitas por la relevancia con tus hijos. Para *Artforum*, Campbell había ido una vez con Friis a una colina en Suiza donde un artista llamado Not Vital había construido una casa que podía hundirse en el suelo. La imagen permanecía en la mente de Campbell: sentados a oscuras, hundiéndose en la colina, con la sonrisa de Not Vital y los ojos destellantes de Carl Friis.

—Vaya por Dios, viene hacia aquí.

Esta gente camina como si estuviera en una pasarela, pensó Campbell. Ordenó a su rostro que esbozara una sonrisa.

—No me gusta interrumpir —dijo Friis—, pero, amigo mío, su artículo en el *Atlantic* me ha dejado sin palabras.

—Bueno, pues gracias.

—Todos andamos buscando una salida de este horror. De la sociedad, me refiero. —Campbell dedicó un milisegundo a reflexionar que «sociedad» es una palabra que solo emplean las personas que

nunca tratan con nadie que no sea igual a ellos—. Me muero por contarle lo de la exposición que estoy montando este año —continuó Friis—. Es para Gagosian y va a deslegitimar toda la belleza. Esa es la idea. La belleza está muerta. Se acabó. Con viento fresco. Divino, ¿verdad?

Campbell se sintió extrañamente vivo. Es lo que provoca la indignación en un crítico.

—Entonces, ¿su exposición va en serio? —preguntó Atticus.

Las manos de Friis no paraban de dar vueltas.

—Sí, ¿no?, la mayor exposición de arte dañado de todos los tiempos. En plan: impresionistas dañados por el fuego, lienzos de paisajes estropeados por el agua. ¡Una delicia total! Me encantaría que escribiera usted un texto para el catálogo, profesor Flynn. Cuando llegue el momento. Octubre.

—Ya veremos.

El artista, por lo visto, llevaba purpurina en los párpados. Juntó las palmas de las manos y volvió con su esposo, que hablaba por el móvil. Lord Haxby era un supuesto héroe del Partido Conservador en el norte de Inglaterra.

Campbell no lograba alcanzar un equilibrio entre sus sentimientos: por un momento pensaba que iba a desmayarse de placer y, al instante, que el suelo se abría bajo sus pies.

—Tengo un alumno —dijo— con instinto para cuestionar nuestra moralidad.

—Esa es la única misión de todo alumno ahora —respondió Atticus.

—A mí me parece interesante.

El agente tosió.

—Estábamos hablando de dinero.

—Ah, sí. Facturas.

—La revista *Time* quiere una columna regular. Y Stanford ha comentado algo sobre una serie de conferencias el año que viene.

—Tal vez. Probablemente no. Necesito algo nuevo.

Atticus sacó otro papel.

—La revista *New York* propone un contrato para más artículos sobre moda.

—Sabes que tengo que asistir a aquello mañana. Kenzie me lio.

—La casa de modas, sí. Ese tipo de *T Magazine* y la nueva de *Vogue* dicen que a los diseñadores les encantan los artículos que les escribiste.

—Atticus, no es un cumplido. Esos diseñadores nunca han conocido a nadie que no se pase el día hablando de dobladillos, complementos y Beyoncé.

—Cierto, cierto —dijo Atticus—. Es llamativo, ese interés tuyo por el estilo.

Hubo una pequeña fuga de arrepentimiento.

—A mi madre le gustaba la ropa —dijo Campbell—. Se ganaba la vida cosiendo.

—Lo llevas en la sangre.

Campbell se inquietó. Se sentía incómodo.

—Los editores de moda piensan que si escribes algo más largo que un tuit ya deberías recibir un premio Nobel.

—Yo me limito a transmitirte las solicitudes, fiero. Me dijiste que tu objetivo era aumentar tus ingresos...

—Es imperativo. Dirijo una operación global con los ingresos de un freelance.

—Tampoco son malos ingresos.

—Dos casas, Attu.

—Cierto, cierto.

—Islington, Suffolk. ¡Las facturas! Los préstamos. ¿Sabes que Angus gana decenas de miles en una noche solo por asistir a una fiesta?

—Es DJ. De eso se trata.

Le gustaba que sus hijos tuvieran mundos propios y dinero que no viniese de él. O igual, eso último, no tanto. A diferencia de él, ellos habían tenido mucho desde el principio, todo aquel *impulso* tras ellos, y ahora iban muchos kilómetros por delante. En momentos como este, de hablar de dinero, tendía a pensar en el cuñado de su esposa, un hombre rico y una persona horrible. Campbell se puso tenso y miró a Atticus con un afecto de años.

—Tú has conocido a mi cuñado, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Su Excelencia.

—El duque de Kendal. Un fraude de la cabeza a los pies.

—No te lo voy a discutir.

—Se suponía que mi hermana iba a formar parte de una comisión de investigación de la Cámara de los Comunes sobre la corrupción rusa.

—¿Cómo está Moira?

—Implacable, como siempre. Había presentado algunas preguntas en la Cámara. Luego se recusó de todo el asunto porque salió a relucir el nombre de ese.

—Caray. ¿El duque?

—No se ha probado nada. Solo rumores.

Atticus hizo una pausa y dio un trago.

—Lo recuerdo. Pantalones de cuadros escoceses. Un tunante de mil pares. Dentadura horrenda. Ella dirige una granja orgánica.

—Sí.

Atticus comenzó a hablar de otras ofertas. Un documental para HBO. Un par de charlas de sobremesa en el *Queen Mary 2*, de Southampton a Nueva York.

—Desde luego, podrían generar honorarios considerables que ayudasen a tus ingresos.

—Ahí está la cosa: estoy harto de ingresos.

Al mirar hacia la entrada, Campbell vio un autobús turístico azul y, en su fuero interno, notó una extraña distorsión en la perspectiva: la sala parecía de pronto más grande y el espacio se convirtió en un abismo insondable. Estos problemas espaciales ocasionales, el mareo, una falta de solidez, eran características nuevas y recientes del imperio de su mediana edad.

—Bueno, como sabes, vengo sintiendo la necesidad de un proyecto completamente nuevo.

—Lo nuevo es bueno —dijo su agente.

—Mañana me toca ir a aquello de Monastic, la casa de modas. Les tengo que proporcionar un poco de verborrea para su nueva campaña. Lana de Shetland, cabañas, plataformas petrolíferas y tal y cual. Luego, la reunión del perfume. Están empeñados en que debo idear el nombre que pondrán en el frasco.

—Para la fragancia, sí. De ahí el dinero.

—Y luego me largo, ¿no?

—Casi. Para el lanzamiento del producto en primavera, quieren que hagas una entrevista para la *Vogue* estadounidense con la supermodelo inglesa.

—Cassie Tom.

—Esa.

—¿Y luego ya está, Atticus? Adiós. *Finito*. Fue divertido y me ha mantenido en contacto con mis hijos, pero ya vale.

Campbell tocó el maletín. Pidió dos vasos de Calvados. Sabía cuál pedir: Dupont 1988. Se sentía raro por sacar las galeradas.

—Debería estar escribiendo sobre Rembrandt y los espejos.

—¿Estás seguro de que no quieres tu nombre en esto? —preguntó Atticus. Señaló el maletín—. ¿Será anónimo?

Campbell esperó.

—¿Qué piensas de esto? —preguntó—. Como género.

—La autoayuda no es literatura, es sanación. O publicidad. Y es tremendamente lucrativa. El *New York Times* tuvo que crear una lista de bestsellers aparte para estos libros. Ahora mismo estoy leyendo uno, *El héroe estoico*. Una maravilla. Convierte una toma-dura de pelo en una ópera en diez actos.

—Es lo que me interesa en este momento. Ya sabes que cuando un libro de este tipo vende, ya no para. Pero también me interesa como una especie de experimento artístico.

—Lo pilló —dijo Atticus—. Vas a recibir un buen cheque. Es por el dinero —contó con un dedo— y es un experimento artístico —un segundo dedo— y te gusta la emoción de tener un secreto. —Bajó la voz—. Lo quieres todo, Campbell. Los autores lo queréis todo. Tiene sentido.

Campbell sacó las galeradas de su maletín. Jugó con las esquinas, hojeó algunas páginas y se las entregó.

—Los estadounidenses llevan la voz cantante —dijo Atticus cogiéndolas—. Están acabando de decidir cubierta y dicen que estará lista para cuando el editor termine. De modo que, en diez días. Funcionan rápido.

—Bueno, lo escribí en seis días.

Atticus miró la portada de las galeradas y leyó el nuevo título.

— ¿Por qué los hombres lloran en el coche?

— Exacto — dijo Campbell.

Atticus tenía ese punto venerable de oficial del ejército inglés. No deseaba controlar la realidad, medirla o resistirse a ella, sino, simplemente, cumplir con su parte.

— *La crisis de la identidad masculina en el siglo XXI* — leyó.

— A Mirna le gusta ese subtítulo — comentó Campbell —, pero los estadounidenses creen que no es muy «autoayuda». Van a ver si se les ocurre algo mejor.

— Entendido.

Campbell se sintió un poco inseguro.

— ¿Tú lo ves bien?

No esperaba que Atticus respondiera a eso. Nunca dejaba que Campbell sintiera que aprobaba o desaprobaba lo que hacía.

— Bueno, no estaba seguro de ofrecérselo a Mirna — dijo —. En realidad, no es el tipo de cosa que le va. Es decir: como editorial, son demasiado refinados para esto. Sin ánimo de ofender.

— Descuida. Pero la verdad es que necesitan algo comercial.

— Sí.

Atticus le dio vueltas al Calvados como si fuera enjuague bucal. Dijo que no veía claro lo de que el autor no apareciese en la cubierta. Dijo que no tenía experiencia en ese campo, pero ¿no era mejor usar un seudónimo o algo así?

Campbell puso las dos manos sobre la mesa.

— Bueno, he tenido una idea. Justo hoy, de hecho. Sé que no tenemos mucho tiempo, pero ¿y si un actor de buena planta diese la cara por la publicación, alguien conocido que pudiera interpretar al autor?

— ¿En plan llevarlo de gira y hacer las teles?

— Sí. Podríamos instruirlo. Hacerlo plausible. Darle unas directrices. Sería el tipo sensible definitivo y pondríamos su nombre en la cubierta.

— Si escoges al hombre adecuado venderá tropecientos millones de ejemplares — dijo Atticus.